

II. NOTAS

LA NOVELÍSTICA DE JUAN VILLEGAS EN EL CONTEXTO DE LA NARRATIVA CHILENA ACTUAL

Adriana Castillo de Berchenko
Université de Provence

En el panorama de la narrativa chilena actual se observan desde hace un cierto tiempo algunas modificaciones significativas. No sólo se encuentran nuevos nombres de autores con una producción original, sino, además, en esas obras aparecen temáticas inéditas y escrituras innovadoras. Todo ello responde, desde luego, a una evolución normal de las mentalidades. Pero, probablemente también, el fenómeno está indicando un cambio esencial en la concepción que de la novela han hecho hasta aquí los escritores chilenos en su gran mayoría.

Formando parte de ese nuevo grupo de productores se encuentra Juan Villegas. Autor en plena producción y que cuenta a su haber ya con tres títulos¹, este novelista —chileno, residente en los Estados Unidos— refleja en sus escritos —tal y como ocurre en los textos de otros escritores del mismo momento— esas modificaciones de los modos de representación de la realidad que, a partir de los 80, se perfilan cada vez con más nitidez en el contexto de la narrativa chilena de hoy. Llegar a ello ha sido, sin embargo, proceso largo y azaroso.

Sabido es, en efecto, que la mostración fidedigna del mundo, de la sociedad y del individuo ha sido, por decenios, la óptica estética preferencial de los narradores nacionales. Durante el siglo XIX y gran parte del XX, la narración mimética de la realidad pareció, en rigor, ser a sus ojos la única capaz de explicar, así como de reproducir la circunstancia social, cultural e histórica que debía acoger la ficción. Así, puesto que ésta reflejaba el mundo, los narradores hicieron suyo ese postulado con fiel perseverancia y lo practicaron, después, con originalidad y persistencia².

Pero si la praxis de un principio creador centrado en la óptica realista aparece como dominante, ello no significa que, en su ejercicio, todos los productores se plegaran a él. Hubo algunas excepciones que, por diversos motivos, lo ignoraron. Portadores de otras propuestas, narradores como Vicente Huidobro, Juan Emar o María Luisa Bombal osaron, en un momento dado, ir a contracorriente. Ni regionalistas, ni descriptivos, ni criollistas, ellos diseñaron estrategias narrativas iconoclastas que

¹Las tres novelas publicadas hasta hoy por Juan Villegas son *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el valle del Puelo*, México, Editorial Centauro, 1983; *Las seductoras de Orange County*, Madrid, Libertarias Ediciones, 1989; *Oscura llama silenciada*, Santiago de Chile, Mosquito Editores, 1993.

²Las opciones realistas de Alberto Blest Gana no son, por ejemplo, las mismas de Luis Orrego Luco; ni las de Baldomero Lillo las de Manuel Jesús Ortiz o de Oscar Castro. Igualmente —y avanzando en el siglo—, las de Manuel Rojas no coinciden con las de Marta Brunet, ni las de algunas de las obras de José Donoso con las de Jorge Edwards.

modificaron la concepción del relato de su tiempo. No fueron comprendidos. Hoy, sin embargo, se les reconoce como a verdaderos adelantados. Yes que las mentalidades y sensibilidades evolucionaron. De la misma manera que se modificaron también los procedimientos de escritura y los modos de representación de la realidad.

La importancia de esas transformaciones aparece nítida en la producción de la narrativa chilena de los años 80 y 90. Y esto a dos niveles. En primer lugar, como una modificación de orden cualitativo: al *corpus* de narradores consagrados —Fernando Alegria, Francisco Coloane, José Donoso, Poli Délano, Antonio Skármeta, Jorge Edwards— se agregan otros nombres —Mauricio Wacquez, Isabel Allende, Juan Villegas, Diamela Eltit, Ramón Díaz Etérovic³—, presencias hasta ese momento relativamente infrecuentes en el espacio narrativo nacional⁴. Se incorporaron así, de manera significativa y diferenciadora nuevos creadores cuyas propuestas de escritura, muy disímiles entre sí, diversifican y enriquecen el paisaje narrativo literario nacional. De ahí, entonces que, y en segundo lugar, a la modificación de orden cuantitativo se suma ahora esta otra, de valor cualitativo.

Diversos factores confluyen, evidentemente, en esta transformación del espacio literario de los últimos años. Decisiva resulta, en este orden, la circunstancia histórico-social y cultural que vive Chile en ese período. La década de los 80 corresponde con los años de dictadura y exilio. Años de dispersión y ocultamiento al interior del país; de extravío, búsqueda y reequilibrio en el exterior. La realidad nacional, como Historia que abrumba y sobrepasa toda experiencia hasta entonces conocida, gravita, de este modo, sobre el artista y remece su imaginación. Ella define también su situación en el contexto cultural al que pertenece. Porque, simplificando, es en la pasada década en la que la condición escindida de la literatura chilena se consolida como un estado de hecho. La escisión se concretiza, así, en la neta presencia de escritores *del interior* y de escritores *del exterior*. Y hay que hablar de simplificación porque tras esos términos se ocultan múltiples significados —los *exiliados voluntarios*, los *retornados*, los *exiliados del interior*, los *del largo destierro*, los *marginales*, etc.⁵— que ponen de relieve cuán complejo es, hoy en día, el problema de la clara intelección del contexto cultural nacional y del *status* que a cada creador corresponde dentro de él. Dicho de otro modo, es la situación del escritor (afuera o adentro) la que determina la condición del creador (interior o exterior). El estudio de esta cuestión resulta tanto más problemático cuanto que son, precisamente, los años 80 los que confirman con pruebas concretas la definitiva inserción del escritor chileno —del narrador en este caso— en el espacio literario internacional⁶. Inserción que, obviamente, se produce

³Las listas de autores consagrados y nuevos no son, evidentemente, exhaustivas.

⁴Infrecuentes porque, en buena parte de los casos citados, el trabajo de estos intelectuales no incidió precisamente en la escritura de ficciones sino hasta entrados los años 80. Son los casos, por ejemplo, de Juan Villegas cuya trayectoria como investigador y crítico es vastamente conocida, o de Isabel Allende, quien en su oficio de periodista y cronista brillante fue muy conocida en el ámbito chileno de las décadas precedentes. Hubo otros casos, como el de Mauricio Wacquez, cuya producción escasamente difundida en Chile, no empezó a ser reconocida sino en los años 80.

⁵Esta extrema sectorización del espacio cultural literario chileno —y que afecta por igual tanto al escritor que reside en el país como al que se encuentra en el extranjero— es aún problema no estudiado por los especialistas y, seguramente, su análisis entregará resultados sorprendentes.

⁶Ahí están las novelas de Isabel Allende, José Donoso, Jorge Edwards, Antonio Skármeta, Elena Castedo y, últimamente, Luis Sepúlveda, que lo prueban fehacientemente.

en rigurosa conexión con esa evolución inobjetable de los modos expresivos mostrados por la escritura novelesca.

En este contexto en plena evolución aparecen las novelas de Juan Villegas. Avesicinado en California, donde ejerce la docencia universitaria, el escritor se impone, de antemano, como un narrador chileno del exterior. La entrada en el mundo de la creación novelesca es experiencia que Juan Villegas vive, en efecto, en el extranjero. Y es allí, también, en México y en España —lugares de edición de sus libros— donde el primer reconocimiento de su condición creadora cristalizará.

Ser un *narrador chileno del exterior* es una metáfora caracterizadora que encierra todo un mundo de valores connotativos elocuentes para quien se interese en la evolución última de la narrativa nacional. Más allá de la simple denotación que implica ser un *autor que escribe sus historias estando fuera del país*, escribir en el exterior implica, por extensión, publicar en el extranjero —y no necesariamente en el país que acoge—, y allí, en el espacio cultural ajeno, vencer las resistencias y competir con denuedo, ser leído, recepcionado y difundido, por último, más allá de las fronteras nacionales. Eso, en una primera instancia. Nada desdeñable, por lo demás, para cualquier escritor. Pero, ahondando más en la metáfora, ser un *narrador chileno del exterior* concentra en sí otros sentidos que tienen que ver con destierro, con adaptación, con inserción y reinsertión; con marginalidad, con actualización de un pasado y puntualización de un presente; con visión, revisión y reflexión permanentes de la Historia; en síntesis, con distancia, memoria e identidad⁷. Y es que el escritor que se encuentra fuera del país lleva a cabo, inevitablemente, un cuestionamiento de su situación en el mundo. La experiencia de la ajenidad, en efecto, revela eso, precisamente: el preguntarse y el intentar responder sobre lo esencial, sobre la pertenencia y la condición del ser. Y es esta coyuntura la que define, por último, a esa producción como profundamente personal y auténtica.

Los libros de Juan Villegas reflejan esa condición. Escritos en el extranjero ficcionalizan la experiencia de la otredad y al mismo tiempo —y de contragolpe— revelan, rotundamente, su raigambre auténtica, nacional y continental.

Ya desde su primera novela, *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el valle del Puelo*, 1983, Juan Villegas se perfila como un narrador chileno seguro de su proyecto creador, con una temática bien delineada y un sólido oficio en lo que concierne a la escritura. Cuando en 1989 entra en el espacio literario su segundo volumen —*Las seductoras de Orange County*— no sólo se confirma esa condición narrativa, sino que, además, la dimensión chilena y latinoamericana de sus relatos —niveles referenciales, estratos semánticos y lexicológicos— se revela como incuestionable. Al aparecer, en 1993, su tercer libro, *Oscura llama silenciada* esa condición de narrador chileno del exterior perfectamente asumido no puede sino ser ratificada. El porqué de este razonamiento es simple. Hay en las novelas de Juan Villegas un distanciamiento, un juego de espejos, un muy particular tratamiento del mundo y de quienes lo habitan. En conjunto esos rasgos revelan a un narrador instalado en otra parte, lejos, descentrado y fuera del

⁷Novelas inolvidables se publican sobre esto en los años 80 y comienzos de los 90. *El jardín de al lado* de José Donoso, 1981; *La casa de los espíritus* de Isabel Allende, 1982; *Las seductoras de Orange County* de Juan Villegas, 1989; *El Paraíso* de Elena Castedo, 1990; *Cobra revertido* de José Leandro Urbina, 1992. Todas ellas obras de narradores chilenos del exterior, en el momento de ser publicadas.

alcance del objeto esencial de su ficción. Se trata, en efecto, de un narrador espacialmente distanciado⁸, mas no por ello ajeno a lo contado. Por el contrario, a mayor distancia en el espacio corresponde, por parte del narrador, una mayor proximidad afectiva, emocional. Es esta particular y paradójica posición *fuera de, excéntrica* —a la vez tan lejos y tan cerca— del narrador, la que define la escritura en estas historias⁹.

Las novelas de Juan Villegas tratan de Chile y lo chileno. Aluden, temáticamente a la historia reciente del país. El golpe de Estado, la dictadura, el exilio, los militares, la represión, la escisión entretejen la trama novelesca. Pero igualmente —y en rigor, porque hay reflexión y evocación del narrador— proponen también una visión dinámica sobre el ser nacional. Propuesta en la que individuo y caracteres, ser y parecer, discursos, mitos y creencias se integran en una escritura de gran movilidad y que proyecta acciones y personajes tanto dentro como fuera del territorio de pertenencia. Y es, justamente, en este segundo caso, que la representación del ser y del mundo —extrañeza del entorno, sentimiento de amenaza, derelicción y su contrapartida, adaptación— pone de relieve la compleja confrontación de realidades, la propia y la ajena.

En efecto, uno de los rasgos esenciales de la novela chilena actual, tanto del interior como del exterior, rasgo, además, perceptible en las obras de Villegas, es este efecto de ampliación del contexto narrativo referencial. Hay, además de un crecimiento manifiesto de la red evenemencial, un enriquecimiento de la composición personal y, cómo no, una profundización del marco espacial. Esa ampliación del contexto referencial significa, en otras palabras, una voluntad de auténtica apertura gnoseológica por parte de los autores. Voluntad que es el resultado, en este caso, de esa peculiar actitud excéntrica —*fuera de*— manifestada por la instancia del narrador¹⁰.

En las obras de Juan Villegas la consideración del mundo y de los seres es entregada por un narrador en manifiesta situación excéntrica pero, al mismo tiempo, estrechamente coludido con la realidad enunciada. Así, su primera novela *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el valle del Puelo*, tiene como lugar de la acción el país. Combinando realidad y mito, historia oficial y discurso personal, el narrador crea la ficción a partir de imbricaciones y oposiciones sucesivas. La ciudad, el mundo rural se contraponen en un tiempo cuyos referentes hacen reconocible el período de la dictadura, y donde los protagonistas reflejan de manera contrastada los sectores de mundo. Lo político-administrativo urbano y centralizador (el Presidente, sus asesores y consejeros), por un lado; la provincia profunda —Chiloé—, sus habitantes, sus instancias

⁸En *Las seductoras de Orange County* y en *Oscura llama silenciada* se trata, precisamente, de narradores situados en los Estados Unidos de Norteamérica. En *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el valle del Puelo*, de un narrador que cuenta desde una lejana provincia. A partir de esos puntos excéntricos en lo que se refiere a la realidad nacional evocada, ellos recrean el mundo.

⁹El fenómeno de la actitud *fuera de, excéntrica*, del narrador es válida tanto en escritores del exterior como del interior. En el caso de los primeros ello es explicable por razones de distancia geográfica. En el de los segundos, se justifica, a menudo, como una situación de *exilio interior*, de inadecuación a las normas impuestas por el espacio cultural, social, histórico.

¹⁰Y es [que], repetimos, [es] la situación del escritor la que define la condición del narrador. Así se explica que obras de narradores tan diferentes como José Donoso, *El jardín de al lado*; Jorge Edwards, *El anfitrión*; Isabel Allende, *La casa de los espíritus*, *De amor y de sombra*; Juan Villegas, *Las seductoras de Orange County*; Diamela Eltit, *Laumpérica*; José Leandro Urbina, *Cobro reventado* o Jaime Collyer, *El infiltrado* reflejen esa actitud descentrada con tratamientos, matices y modulaciones bien distintos pero, igualmente, significativos.

vitales, sociales y espirituales, todos ellos excéntricos, por otro. La voluntad del narrador como conciencia organizadora es discernible en la confrontación de esos mundos, en el careo de las cosmovisiones vehiculadas por seres que creyendo pertenecer a una misma sociedad se revelan como visceralmente opuestos. En un sector de la realidad se impone la visión del ciudadano transculturado que piensa y concibe la realidad bajo un prisma europeo-occidental; en el otro, opuesto, cristaliza la concepción de mundo del Chile rural (excéntrico), olvidado, despreciado, excluido por el hombre de la urbe. De su confrontación se genera el sentido profundo de la novela. Y la visión ancestral, auténtica, se erige viva, enriquecida por el mito. Este es uno de los aportes renovadores de la narrativa de Juan Villegas; y él se instituye ya desde su primera novela. Hay, en efecto, en este libro una reflexión lúcida sobre los valores profundos —originarios— que definen formas del ser chileno.

Tanto *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el valle del Puelo* como *Las seductoras de Orange County*, que le sigue, se caracterizan por una escritura rica, rigurosa, que no desdeña la ironía ni el humor negro. Son éstas, historias teñidas por un sentimiento ambivalente impregnado a la vez de lo absurdo y lo grotesco. Sin embargo, y desde el punto de vista de su organización interna, *Las seductoras de Orange County* revela una progresión cualitativa del proyecto estético de su creador.

Situada espacialmente en el Sur de California, *Las seductoras de Orange County* narra la experiencia futbolístico-existencial y el acoso político de un grupo de exiliados chilenos y latinoamericanos en los Estados Unidos de la década de los 80. Chile no es, en consecuencia, sino el territorio evocado —evocación en la que la imagen del país real se difumina para dar paso a la recreación mítica, idealizada— por una parte de los personajes. La trama, puntualmente datada en 1982, y en la que intrigas política, amorosa y deportiva se mezclan aparece organizada por un narrador-personaje excéntrico, *fuera de*, no sólo porque es chileno, exiliado en USA, sino porque su discurso, marcado por una fuerte afectividad, recrea Chile, el continente y, en contrapunto, el país que lo acoge¹¹. En esa recreación en la que todos los espacios convergen, la obsesión de la tierra de los orígenes como espacio ideal está siempre presente. El tema del retorno es, entonces, el *leit-motiv* de los desterrados, mas no así para el narrador quien ha decidido no regresar a su tierra: *Sabí no más como quien va a la esquina [...] No pienso volver*¹².

Si *Las seductoras de Orange County* es novela vigorosamente conducida por una escritura segura de sus recursos —trama sólida, tratada con soltura, humor y ritmo intenso—, si hay en ella un ensanchamiento significativo del postulado mítico-histórico, opción estética preferencial del novelista, lo que caracteriza todavía a su estructura es una concepción más bien clásica de sus componentes¹³. Diferente es, en este

¹¹Extremadamente interesantes son los pasajes de *Las seductoras de Orange County* en que se recrean los aspectos de la vida de los *latinos* en USA. Los problemas de inserción y la experiencia difícil de la adaptación en la aséptica sociedad *gringa* son mostrados con hábil pertinencia. Ellos permiten, además, al novelista desplegar su talento narrativo en la creación de una galería de personajes representativos de los modos de ser latinoamericanos y de sus discursos particulares. La contingencia azarosa de los exilios hispanoamericanos de los 80 está reflejada con fina perspicacia.

¹²Villegas, Juan, *Las seductoras de Orange County*, *Ibid.*, p. 34.

¹³La novela está estructurada en nueve capítulos organizados respectivamente en secuencias. Algunas de éstas aparecen subtituladas cuando corresponden con los "Boletines Deportivos" redactados por el narrador-protagonista; otras asumen la forma epistolar o el poema. En todo caso, la estructura capitular y secuencial es dominante.

sentido, la condición de *Oscura llama silenciada*. Esta tercera historia de Juan Villegas aparece, de antemano, como resultado de una maduración de los procedimientos expresivos de su autor. Hay, en consecuencia, una vuelta más a la tuerca en lo que concierne a las proposiciones escriturales elegidas y la imagen es válida porque, ahora, el lector enfrenta un texto más breve, una intriga más compacta y centrada, sólidamente, en una figura protagónica omnipresente.

Oscura llama silenciada contiene la historia de un chileno en los Estados Unidos de Norteamérica. Organizada en varios tiempos y en diferentes espacios, la trama se erige como un entrecruzamiento dinámico de rememoraciones. Formalmente, el todo se integra en una composición textual en la que se combinan diversos modos de expresión. En este orden, junto a la narración en sí, distribuidas en secuencias y conducidas por una voz personal —un Yo narrador-protagonista— se suceden una serie de textos dramáticos que reconstituyen, gracias a la irrupción del discurso directo, el episodio clave de la intriga, el de la desgarradora relación de la pareja protagónica. El conjunto se completa con un texto poético —un bolero¹⁴— que, dulce, lento y obsesivo, reaparece una y otra vez resonando como una suerte de eco nostálgico, sentimental y desgarrado. Eco que, con doloroso melodramatismo, revela el quiebre existencial de los protagonistas y del mundo del que provienen.

El tiempo evocado por el narrador es vasto —varios decenios y, por extensión, épocas remotas—, el espacio también, América del Norte, Europa, América del Sur, Chile. El narrador protagonista, profundamente implicado con su mundo, se define por la actitud *fuera de*. Se trata, en efecto, de un profesor chileno, jubilado, enfermo y solo, recluso en una clínica-residencia en algún lugar (probablemente California) de los Estados Unidos. En realidad la actitud de este narrador resulta tanto más excéntrica cuanto que por su circunstancia vital presente —ingresado en la clínica-residencia— se encuentra verdaderamente en una etapa de acabamiento, alejado de todo y de todos: *Lo que queda en esta vejez rotunda, manchada, que sigue existiendo abandonada en medio de malls y centros comerciales*¹⁵.

Pero si a través de la lectura la posición excluida y descentrada del narrador se configura cada vez con más precisión, ello no le impide —y eso, porque es narrador-protagonista— rememorar y proyectarse a futuro. Proyección que no es otra cosa que la voluntad del retorno a la comarca natal y la realización, en ella, de una nueva vida justa y auténtica. Alcanzar, sin embargo, esa dimensión del ser implica primero recordar, luego escribir para fijar el pasado y poder comprenderlo. Sólo así es posible diseñar un virtual futuro: *Sé que debo escribir [...] Quiero escribir, al menos un texto que sea testimonio de ese instante que lo cambió todo*¹⁶.

Así, entonces, la memoria y un esfuerzo de reconstrucción del pasado gracias a la

¹⁴Ese bolero es “La última noche” de Bobby Collazos. En la novela el texto se enuncia como “la última noche que pasé contigo” y aparece transcrito integralmente. De esta manera las señas de identidad —latinoamericanas, chilenas— se abren al lector y lo ponen *en situación* de máxima receptividad. La letra y melodía de la composición musical popular recorren el texto e imprimen sobre la historia total un violento tono evocador que trasciende el mero valor melodramático que el tema posee en relación al amor-desamor de la pareja protagónica. En rigor, el bolero subraya el ritmo desgarradoramente nostálgico que habita toda la novela.

¹⁵Villegas, Juan, *Oscura llama silenciada*, *ibid.*, p. 13.

¹⁶Villegas, Juan, *op. cit.*, p. 15.

escritura, se definen como claves de sentido de *Oscuro llama silenciada*. Fiel a su postulado estético —confrontación del mito con la Historia— Juan Villegas vuelve en su tercera novela, y gracias a la recomposición de diferentes pasados, a recrear una cierta realidad chilena. La dictadura, la represión, la tortura, el exilio, aparecen, así, como momentos cruciales —verdaderos signos de reconocimiento— de un pasado chileno cercano. Sin embargo, y junto con ellos, se suceden también significativamente, las evocaciones del mundo universitario del Santiago de los años 60, o los afiebrados tres años de la Unidad Popular, 1970-1973. De este modo, en ese encarnizado bucear en la memoria —ella es la *oscura llama silenciada*—, del narrador para *objetivar las causas o la causa de ese acto por tantos años incomprensible y que he tratado de sumergir en el olvido*¹⁷, se accede a lo más remoto en el tiempo, a una real cristalización del pasado. Aparece, entonces, la infancia, el mundo del Sur chileno, Chiloé y el valle del Puelo¹⁸. En ellos, en ese territorio —auténtico *omphalus mundi*— reside la verdad última y su recuperación ha de revelar las razones que explican el ser. Bien se comprende así, que el entregarse a la *oscura llama silenciada* significa asumir un viaje hacia atrás, una involución dramática, sin retorno. Porque es en la recuperación del tiempo-espacio de la infancia de donde van a surgir intactos —eternos— los valores míticos, materializando los deberes y las deudas de una conciencia que hasta entonces los había pertinazmente olvidado. En ese momento la realidad cruel y mágica del mito y de la ruralidad isleña, ella también una *oscura llama silenciada*, ilumina la historia y, conmovedoramente, explica el presente desolado e ineluctable del héroe.

Densa, compleja y concentrada al máximo resulta ser la estructura narrativa de *Oscuro llama silenciada*. Su originalidad, sin embargo, reside en la propuesta de escritura que Juan Villegas ofrece como un perfecto desafío a sus lectores. Incluso si la presencia constante del narrador-protagonista orienta la intelección del mundo, la riqueza y diversidad de los diferentes sectores de la realidad¹⁹ son tales, que terminan por crear una narración con reflejos contrastados, especular. A través de ellos y de su compacta consistencia se compone, entonces, una narración en la que cada historia singular se encastra naturalmente en la trama general. En este orden, la historia del profesor chileno que ejerce en USA. y de su fracaso personal, se vincula y explica en el relato del derrumbe de su vida de pareja. De la misma manera ésta se justifica como un resultado oculto, pero definitivo, que proviene del evento crucial de la infancia chilota del narrador. Todas estas historias gravitan, por último, directamente sobre el presente puntual de la ficción. Presente crepuscular en el que el viejo docente, solo y enfermo en la clínica-residencia norteamericana busca comprender el por qué de su

¹⁷Villegas, Juan, *idem*.

¹⁸El valle del Puelo, comarca situada en la isla de Chiloé en el Sur de Chile, es el espacio siempre evocado en las novelas de Juan Villegas. Su geografía, sus habitantes, sus mitos, sobre todo el mito fundador (Raimundo del Puelo), las creencias y prácticas mágicas que lo mantienen vivo, nutren y articulan profundamente el imaginario creador del novelista y recorren toda su producción.

¹⁹Sectores de realidad que corresponden a diferentes tiempos y diferentes espacios del desarrollo de la historia: vida del héroe en USA. y en diferentes lugares de ese país: viajes por España, especialmente por Castilla la Vieja; vida en Santiago de Chile, en diferentes períodos: infancia en el valle del Puelo, en Chiloé. Cada uno de estos sectores de la realidad es tratado con matices diferenciadores singulares que definen la trayectoria existencial del protagonista. Matices que determinan para cada uno de ellos discursos particulares y una escritura diferente. En conjunto, estos procedimientos hacen de la novela un texto rico, extremadamente dinámico, suerte de "novela encrucijada" en la que los niveles intertextuales y cotextuales actúan sobre la trama otorgándole una dimensión de profundidad más que original.

existencia desgarrada. Y es que lo que organiza profundamente esta sombría ficción es ese esfuerzo denodado de la reconstrucción del pasado y la búsqueda intensa de esa *verdad silenciada en la memoria*, por tanto tiempo olvidada y que podría explicar lo que pudo haber sido y no fue.

Ciertamente, Juan Villegas y sus novelas se insertan con propiedad en la corriente actual de la narrativa chilena. Tanto a nivel de la escritura, de la condición del narrador, como del mundo representado, esas obras reflejan la circunstancia presente del ser nacional y del escritor en esa realidad. Un ser marcado por el sentimiento del fracaso, el quiebre y la escisión, pero también y simultáneamente, alguien abierto al mundo, disponible y receptivo, frente a la ajenidad y que se interroga buscando esclarecer su propia verdad. Desde *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el valle del Puelo* hasta *Oscura llama silenciada* y, sin dejar de lado, *Las seductoras de Orange County*, el novelista, seguro de sus opciones, reivindica su propia concepción de la obra de arte. Sus relatos, ficciones abiertas y factibles de diversas lecturas, no proponen sólo una reflexión puntual sobre el país y el continente o la condición del ser nacional latinoamericano. Villegas va más allá en su indagación. Al postular en sus escritos la imbricación profunda entre mito e Historia, el narrador incita —y excita— una búsqueda, ardua e intensa, de los orígenes. Así, su respuesta a la interrogante angustiosa del qué y quiénes somos y del cómo hemos llegado a la desintegrada situación presente, no es otra que la de auscultar en las raíces profundas de los comienzos, y, desde ellas, proceder a una reconstrucción del ser. Es allí, en consecuencia, en el principio de los principios donde la auténtica explicación de la verdad identitaria se engendra. Es en este orden de cosas, en consecuencia, que, tanto en el interior como en el exterior, ese ser chileno —ni alienado ni transculturado, pero sí víctima de su Historia reciente— puede llegar a asumirse como partícipe de su propia realidad y de la ajena, consciente, lúcido y responsable de su propia condición.